

Los más pobres, coartífices de una sociedad más justa

por Régis De Muylder

No cabe duda de que, durante el siglo que está tocando a su fin, la humanidad ha hecho progresar las ideas de paz, de solidaridad, de los derechos humanos. Por ello, se han constituido organismos que rebasan las fronteras y que promueven la conciencia de que todo hombre es ciudadano del mundo. Paradójicamente, en este siglo se han alcanzado asimismo puntos álgidos de violencia y de horror. Pero la paradoja solo es aparente, ya que ¿no es precisamente el alcance mundial que han adquirido los conflictos lo que ha originado esa conciencia?

Invitado —con motivo del 75º aniversario de la Federación de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja— a participar en la reflexión sobre los grupos vulnerables, el Movimiento ATD Cuarto Mundo no puede hacerlo sin referirse a su propia historia. Una historia de treinta y cinco años de compromiso al lado de los más pobres.

*
* *

En 1956, el Padre Joseph Wresinski¹ descubrió en Noisy-le-Grand, en las afueras de París, un campamento de personas sin hogar: 252 familias aisladas del mundo, que vivían en refugios de fibrocemento, sin infraestructura alguna, y con solo unas diez fuentes públicas para toda la población del campamento. El Padre Joseph se instaló con esas familias y compartió sus condiciones de vida.

¹ Joseph Wresinski (1917-1988), sacerdote, fundó el Movimiento ATD Cuarto Mundo en 1957.

Algunos años después de la Segunda Guerra Mundial, cuyos horrores habían provocado ese grito unánime de «nunca más», Europa se reconstruía dejando una parte de la población al margen de la sociedad de paz y prosperidad que pretendía erigir entonces. «*La sociedad no desea apartar a esas personas de su lado, pero las abandona a su suerte, sigue su camino, a menudo incluso sin verlas. Así, sin maldad intencionada, sin premeditación, excluye, no obstante, a tales familias.*»² Es la reflexión que el P. Joseph hizo, en 1963, a un grupo de personas que había venido a verle a Noisy-le-Grand.

«Casos individuales», «inadaptados»... Siempre se ha utilizado para los más pobres unos calificativos en los que, aunque evolucionen, sin duda, con el tiempo, reaparece invariablemente la noción de que son responsables de su destino. El Padre Joseph Wresinski tenía siempre la intuición de que esta actitud es falsa. En Noisy, se convenció de ello y así lo afirmó. De niño, él mismo conoció la miseria. De joven sacerdote, fue testigo del sufrimiento de los más pobres de su parroquia. «*En Noisy-le-Grand, contó más tarde, todo eso adquiriría un sentido. Yo me decía: es un pueblo, el pueblo de la miseria. No es un proyecto ni la felicidad lo que les une, sino su sufrimiento. El sufrimiento los reúne, los encierra, los humilla*»³.

En virtud de lo que vive, ese «pueblo de la miseria» interpela a nuestra sociedad. Y eso ya constituye un llamamiento a unirse a él. Para el Padre Wresinski, unirse a él no significaba aventurarse en un mundo desconocido; al contrario, era restablecer los lazos con su propia historia, con su propio medio. Pero muy pronto comprendió que no podía permanecer solo en medio de las familias del campamento de Noisy. Soportar lo intolerable con ellas, quedarse solo le hubiera llevado a rebelarse o a hundirse con ellas. Rehusando esa situación, fundó rápidamente una asociación con los habitantes del campamento, ya que estaba convencido de que había que movilizar a todo tipo de personas para atajar la miseria. «*¿Qué podíamos hacer, las familias y yo, si los hombres y las mujeres que deseaban lo mismo que nosotros: destruir la miseria y su vergüenza, no nos apoyaban?*»⁴.

² J. Wresinski, *Ecrits et Paroles*, p. 161, Ediciones Saint Paul-Quart Monde, París, 1992.

³ J. Wresinski, *Les Pauvres sont l'Eglise*, p.149, Ediciones Le Centurion, París, 1983.

⁴ *Ibid*, p. 152.

En el campamento de personas sin hogar cristalizó en el Padre Joseph la certidumbre que ya anidaba en él: la miseria destruye al que la sufre. Y precisamente porque destruye al hombre, la miseria pone en tela de juicio nuestra sociedad y es una exhortación a unirse a los más pobres. «*Hay que hacer algo (...) porque la miseria destruye a nuestros hermanos, y lo que destruye a mi hermano también me destruye a mí*», decía en 1963⁵.

Y puesto que la miseria destruye al hombre, el reencuentro con los más pobres nos acerca a todos los que están afligidos por cualquier tipo de sufrimiento que afecta a la dignidad del hombre. No podemos sino estar cerca de los que luchan por el respeto de los derechos de todos los hombres.

La pobreza extrema, tanto en los países industrializados como en los países en desarrollo, pone en peligro todos los vínculos sociales y familiares que un individuo establece habitualmente con su entorno. Esos lazos se debilitan entonces gravemente, debilitación que puede conducir, incluso, a la ruptura. Los más pobres se ven así finalmente excluidos de nuestra sociedad. Para empezar hay que decir que no aceptan esa situación de forma pasiva, sin reaccionar. Luchan por no dejarse arrastrar por la miseria, para preservar los vínculos con su entorno. Sin duda, lo hacen con medios irrisorios y sin comprensión mutua entre ellos y la sociedad que les rodea, lo que compromete las posibilidades de éxito de esa lucha.

Los vínculos con la sociedad circundante

Los pobres siempre confían en encontrar un colegio en el que sus hijos se sientan a gusto y aprendan, estructuras (ya sea una administración, un centro de socorro o una oficina de asistencia social) que les acojan, en las que no se les reproche su aspecto miserable o sus dificultades de expresión. Pero, con frecuencia, se oye decir a los pobres: «Ahí no nos comprenden, ... no quiero ir allí, me echarán». Es como si una fosa separase a la sociedad de sus miembros más pobres.

Recuerdo una familia que vive debajo de un puente en una gran ciudad del sudeste asiático. A pesar de las insoportables condiciones de vida, la madre, viuda, deseaba que sus hijos fueran a la escuela. Esto fue posible

⁵ J. Wresinski, *Ecrits et Paroles*, op. cit., p. 171.

durante cierto tiempo, gracias a sus esfuerzos, al apoyo de amigos y, por último, al empeño de los educadores. Sin embargo, rápidamente la escolarización de los niños se hizo inestable y finalmente imposible. Las dificultades de la vida diaria comprometían esa escolaridad, y nos dimos cuenta de que la madre tenía miedo. En esa escuela, que acogía, no obstante, a los niños de un cercano barrio de chabolas, sus hijos estaban más marcados por la miseria que los demás, y ella decía: «No quiero que los señalen con el dedo». Además, uno de los niños contrajo una infección de la piel —hecho fácilmente comprensible dadas las condiciones de vida de la familia— que no lograba sanar, a pesar de los distintos tratamientos, y aumentó el temor de la madre con respecto al colegio: «Tengo miedo que me lo quiten y se lo lleven a un centro». En la escuela, reprochaban ese absentismo, decían que, en ocasiones, la madre estaba borracha, que no alentaba el aprendizaje de sus hijos. Pero, por la mañana temprano, la madre hacía lo imposible para que los niños estuvieran listos para ir al colegio, lo que, cuando se vive debajo de un puente, implica un compromiso de una magnitud difícil de imaginar cuando no se vive en esas condiciones. Es verdad que la madre no estaba en casa cuando los niños volvían de la escuela. Era cuando iba al mercado para ganar algo con que alimentar a la familia. Además, dado que ella misma era analfabeta, ¿cómo hubiera podido ayudar a sus hijos en el estudio?

Ahí se abre una brecha entre la sociedad y los muy pobres. Estos tienen un comportamiento que la sociedad no comprende, porque no es lo suficientemente consciente de lo que soportan. Su comportamiento parece totalmente incoherente y se acaba pensando que esa incoherencia es la causa de lo que viven, cuando en realidad es una consecuencia. Si se conociese más a fondo la vida de los muy pobres, se comprendería mejor lo que se oculta tras esa incoherencia. Veámoslo a través de la situación vivida por una familia en Europa⁶.

La familia Parin vive en una cabaña infestada de ratas y de parásitos en el extremo de un pueblo. El padre se ha quedado sin trabajo, y les han cortado los subsidios familiares. Corre el año 1978. No hay electricidad. La familia va a buscar agua al grifo del cementerio, al otro extremo del pueblo. Intenta mantenerse a flote gracias a algunos trabajillos que realiza el padre, pero es muy aleatorio. Mientras había algo de dinero, la familia

⁶ Esta historia se narra, con todo detalle, en la revista *Igloo-Quart Monde*, n° 110, «Pour une politique de la responsabilité collective», Ediciones Quart Monde; (utilizamos el nombre ficticio que se da a esa familia en la susodicha revista).

compraba carbón. Luego, el padre fue al ayuntamiento para pedir un vale para carbón; pero se lo rehusaron, tratándolo de «vago». Aquel invierno, el grifo del cementerio se heló, era la desesperación total... El padre comenzó a arrancar las tablas de la choza para hacer fuego. Fue entonces cuando los vecinos se alteraron y alertaron a la Policía. Retiraron a los niños de la familia y los padres fueron acusados de negligencia voluntaria.

¿Y por qué, dirán ustedes, unos padres cuyos hijos estaban subalimentados y que tenían sabañones, no recurrieron a una estructura de asistencia? En realidad, ya los habían amenazado antes, en el hospital, con retirarles la custodia de sus hijos si volvían a traerlos en mal estado... Vivir en tal miseria proyectó a la familia a otro mundo, un mundo al margen de la sociedad, donde ya nada les unía a los otros hombres.

Vínculos con el entorno

En los barrios muy pobres, en las chabolas donde la miseria está muy difundida, se puede comprobar, si uno se toma el tiempo de conocer detenidamente a la población, que la pobreza no es uniforme.

Tomemos el ejemplo de un barrio de chabolas situado en las inmediaciones de un vertedero público de una ciudad de América Latina. Las familias viven cerca de la basura, en refugios construidos con tablas, con chapas onduladas, cartones, trozos de tela... La miseria parece tan grande, que uno se pregunta cómo es posible vivir allí. Luego, al hablar con la población que lleva esa vida, uno se da cuenta, poco a poco, de que no todo el mundo sufre la misma indigencia, como lo demuestran los ejemplos tomados de algunos aspectos de la vida cotidiana (el de la vida familiar —fundamental a nuestro juicio— se abordará en el párrafo siguiente):

La escuela — Todos los niños que viven en esos barrios se ven obligados a trabajar, aunque solo sea para ayudar a sus padres y bajo el control de estos. La precariedad generalizada lo exige. Pero este hecho no excluye necesariamente la escolaridad. Un niño puede trabajar unas cuantas horas e ir a la escuela parte del día, creándose así un equilibrio, aunque frágil. Cuando la miseria es demasiado grande, se rompe el equilibrio y la escolaridad ya no es posible.

La organización de la vida social — A pesar de las condiciones de miseria, la vida se organiza en torno al trabajo, o a comités que se forman para obtener algunas mejoras del entorno. En ese caso, se observa que

los más pobres participan poco —o nada— en esa organización y que no se benefician, por lo tanto, de ella.

Podríamos multiplicar los ejemplos, hablando de la asistencia, de las relaciones con la administración, etc... Lo que resulta claro es que cuanto mayor es la miseria, menos pueden las personas afectadas por ella asumir sus responsabilidades y ejercer sus derechos de ciudadano. Y es precisamente al nivel del ejercicio de los derechos y de las responsabilidades que puede caracterizarse la pobreza extrema⁷. Quede claro que tomamos como referencia los derechos y las responsabilidades habituales de los ciudadanos en el contexto que nos ocupa.

Esta dificultad para ejercer sus derechos y sus responsabilidades aumenta a medida que es mayor la miseria. En efecto, no existen fronteras rígidas entre pobreza y pobreza extrema. Resulta interesante reflexionar sobre la posición de los pobres en un grupo ya de por sí muy pobre. El comportamiento del grupo en su conjunto con respecto a sus miembros más menesterosos no es sencillo ni carente de ambivalencia.

Para empezar, se observa una especie de reacción de defensa, ya que los pobres ven en sus vecinos más pobres lo que podría pasarles a ellos si se agravase su propia situación. Y quieren protegerse de ello. De ahí, una cierta marginación de los más pobres. Hemos visto, por ejemplo, que algunos padres evitan que sus hijos frecuenten una familia cuyos hijos se drogan. Quieren, en realidad, proteger a sus hijos de ese comportamiento, que estiman peligroso, sabiendo perfectamente que los jóvenes que viven en esas condiciones se ven empujados a la droga. Cuando se esboza un proyecto que promete alguna mejora absolutamente necesaria para ellos, los más dinámicos luchan por obtenerla y no están, en principio, dispuestos a actuar al ritmo de los más pobres, lo que tiene el peligro de retrasar e incluso comprometer el proyecto. Cuando decíamos, en el párrafo anterior, que los más necesitados tienen comportamientos incoherentes a los ojos de la sociedad, conviene precisar que ese comporta-

⁷ En el informe «Grande pauvreté et précarité économique et sociale», presentado por J. Wresinski al Consejo Económico y Social Francés, figura la siguiente definición de la pobreza: «*la precariedad es la ausencia de una o varias de las seguridades que permiten a las personas y a las familias asumir sus obligaciones profesionales, familiares y sociales, y ejercer sus derechos fundamentales. La inseguridad que se deriva de ella puede ser más o menos extensa y tener consecuencias más o menos graves o definitivas. Conduce a una gran pobreza cuando afecta a varios ámbitos de la existencia, cuando se vuelve tenaz, cuando compromete las oportunidades de volver a asumir sus responsabilidades y de reconquistar sus derechos en un futuro previsible*». Cf. *Journal officiel de la République française*, del 28 de febrero de 1987, p. 6.

miento también puede parecer incoherente a sus propios vecinos, lo que también contribuye a crear una brecha entre éstos y los más pobres.

No obstante, el grupo también puede dar pruebas de solidaridad para con sus miembros más pobres. La vida cotidiana está llena de gestos de solidaridad, los más visibles de los cuales se manifiestan en los momentos más dramáticos: por ejemplo, con motivo de un fallecimiento, del hundimiento de una chabola debido a un desprendimiento de tierra o cuando una familia en la más absoluta indigencia es acogida por otra...

Si una acción reposa exclusivamente en los más dinámicos, marginará a los más pobres. Por el contrario, dirigirla exclusivamente a estos últimos, es arriesgarse a marginarlos, a la vez que se les presta ayuda. Los más pobres necesitan situarse en su entorno y éste debe poder contar con sus miembros más menesterosos. Por lo tanto, una acción debe estar dirigida al grupo en su conjunto, poniendo especial cuidado en que los más pobres tomen efectivamente parte activa.

Los vínculos intrafamiliares

Incluso los lazos intrafamiliares están amenazados por la miseria. Esto es, sin duda, lo más grave, ya que, para los más pobres, la familia es el último núcleo donde las relaciones humanas son aún posibles. Si lo pierden, pierden realmente todo. Quisiera ilustrar este párrafo con la situación de los niños que están obligados a vivir en la calle. En su informe de 1993, el PNUD describe la situación de esos niños como «*uno de los síntomas más patentes de la miseria urbana*», y añade que «*a menudo, esos niños tienen casa y padres*»⁸.

¿Qué sucede exactamente? Tomaré el ejemplo de dos niños que conocí en América central. En aquel entonces tenían 12 y 14 años, respectivamente. Los conocí cuando trabajaban en un vertedero público. Escarbaban incansablemente todo el día en las basuras, para recuperar algo que se pudiera revender. Al igual que otros muchos niños, que vivían de la misma manera, se drogaban con pegamento. Llegué a conocerlos bien. Pero, ¿adónde iban por la noche? Un día me encontré a uno de ellos en uno de los pequeños barrios de chabolas cercano al vertedero. Tras un momento de vacilación, me condujo hasta una pequeña cabaña, en realidad,

⁸ PNUD, *Informe sobre el desarrollo humano*, 1993, p. 27.

un tugurio miserable. Allí vivía. Me presentó a una mujer, que yo ya conocía, y me dijo: «Es mi madre». Así pude establecer la relación entre los niños que había conocido en el vertedero y esa mujer, su madre, quien, como había podido comprobar anteriormente, vivía en una gran miseria. A partir de ese momento, se estrecharon nuestras relaciones con esa familia. Pudimos comprobar hasta qué punto la miseria puede fragilizar los vínculos familiares, llegando incluso a destruir a la familia. Debido al trabajo exterior, necesario para la supervivencia de la familia, los niños se ven obligados a llevar finalmente una vida autónoma en las calles. Por otra parte, pudimos observar la lucha de esa madre por salvar algo de los vínculos familiares. Esto se manifestaba concretamente por el hecho de que cada noche los niños podían encontrar, junto a ella, un hogar que los acogía. Los niños, también luchaban por conservar esos vínculos.

En algunos casos, la fragilización de esos lazos llega hasta la ruptura total. Pero ésta no acaece sino al término de un largo proceso, contra el que las familias luchan mientras pueden. La consecuencia inmediata es que —en mi opinión— no se puede hacer nada por y con esos niños sin apoyarse en la familia. Lo que es válido para los niños, lo es igualmente para cualquier miembro de la comunidad. Así pues, nos parece necesario asociar los derechos del individuo a los derechos de su familia, y en sentido más amplio, a los de su comunidad.

*
* *

Si la miseria fragiliza los vínculos que un individuo establece habitualmente con su entorno, todo compromiso con los más pobres debe tender a fortalecer esos lazos. No es posible hacerlo sin apoyarse en los esfuerzos que ellos mismos realizan en ese sentido, y acabamos de mostrar cuánto afán ponen en ello.

Por lo tanto, el primer paso consiste en conocer. Es preciso conocer a los más pobres en el marco de una relación de confianza, que se establece progresivamente. Ese conocimiento no se adquiere mediante encuestas o estudios estadísticos, sino gracias a un compromiso diario a largo plazo. En ese sentido, el Padre Joseph Wresinski decía que todo lo que había hecho con los más pobres, en el seno del movimiento ATD-Cuarto Mundo, «*era fruto de una vida compartida, nunca de una teoría*»⁹. Compartir una vida ya es restablecer los vínculos rotos por la miseria.

⁹ J. Wresinski, *Les pauvres sont l'Eglise*, op. cit., p. 152.

Hemos mencionado el nexo entre la pobreza extrema y el ejercicio de los derechos y de las responsabilidades. Solo recobrando el ejercicio de sus derechos y el de sus responsabilidades, podrán los más pobres sentirse ciudadanos de pleno derecho en el seno de la sociedad y participar en la vida social. Esto es lo que persigue nuestro compromiso con ellos. Pero los más pobres, privados de formación de la que se han visto frecuentemente excluidos desde hace varias generaciones, no cuentan con los medios para participar. Sin embargo, su experiencia de la vida, del sufrimiento, es vital para toda la humanidad. En la búsqueda de un mundo de paz, un mundo más fraterno, poseen una experiencia original y única que deben hacer valer. Pero no tienen los medios para expresarla. La miseria encierra a los más pobres, impidiéndoles abrirse al exterior, impidiéndoles incluso desarrollar sus ideas.

En el recuadro que figura al final del presente artículo, citamos una acción realizada en una zona rural de América central. Se basa en «compartir los conocimientos». Este tipo de acción se ha experimentado en contextos muy distintos, tanto en países industrializados como en países en desarrollo. Por supuesto, hay que adaptar los métodos a cada contexto, pero el fundamento común es compartir los conocimientos que permiten romper el aislamiento que entraña la miseria: esta es la condición necesaria para facilitar la cooperación con los más pobres.

Régis De Muylder, nacido en 1956, es belga, casado y padre de 4 niños. Doctor en medicina, el año 1982 se incorporó como voluntario, junto con su esposa, al movimiento ATD Cuarto Mundo. A partir de 1983 participó en una acción de Conocimientos-Salud en Guatemala, primero en áreas rurales y luego en barrios muy pobres de la capital. Desde septiembre de 1993 trabaja en el Centro Internacional del Movimiento en Pierrelaye.

**DE LA TAREA DE COMPARTIR CONOCIMIENTOS
A LA DE LA COOPERACIÓN:
EJEMPLO DEL PROYECTO *CONOCIMIENTOS-SALUD***

«La biblioteca en el campo» (denominada «biblioteca callejera/ambulante» en zona urbana) se caracteriza porque se desplaza a donde viven las familias, al corazón del pueblo o del barrio. Es una actividad de acercamiento, en la que todos están invitados a participar. Los animadores pueden visitar a las familias, a fin de conocerlas y de establecer con ellas una relación de confianza. Ese proyecto permite llegar así a los más pobres.

La biblioteca funciona siempre sobre la base del libro, pero no con miras a la alfabetización. Los libros, elegidos por sus ilustraciones o en función de los temas que tratan, desempeñan un papel fundamental para suscitar una apertura al mundo, para hacer descubrir el entorno, para estimular el diálogo entre los distintos usuarios de la biblioteca. Sobre esta base, se proponen otras actividades destinadas a favorecer la expresión (dibujo, pintura, talleres diversos...). Saber no es solo abrirse al universo, sino también la condición para forjarse una identidad positiva, ya que frecuentemente se juzga a los más pobres basándose en realidades negativas (analfabetismo, mortalidad, aislamiento, etc.).

Una vez alcanzados el conocimiento mutuo y la confianza recíproca, es posible considerar otros proyectos. No se trata de proponer proyectos para la comunidad, pero concebidos fuera de ella, sino de compartir los proyectos que los más pobres llevan en el fondo de sí mismos, pero que no consiguen exponerlos fácilmente debido a su gran miseria.

Es lo que hemos podido observar por lo que respecta a la malnutrición infantil. El contacto con la población más afectada por esta realidad nos ha permitido comprobar que no es posible movilizarla a largo plazo contra la malnutrición —realidad negativa y dolorosa—, proponiéndole una respuesta en forma de ayuda alimentaria. Por el contrario, es posible movilizarla basándose en un valor positivo para ella: el desarrollo del niño. En la lucha contra la malnutrición, se ha de tener en cuenta, en primer lugar, la célula familiar, para actuar luego en el plano nutritivo y médico. Con las familias más pobres hemos descubierto y aplicado el proyecto *Conocimientos-Salud*, que representa un enfoque global para responder a la realidad vivida por las familias más menesterosas.